

*mabis*. Poniéndose en la antípoda de Alain Daniélou, no acepta que "Cuando la humanidad en conjunto se hace un peligro para las otras especies... los dioses inspiran a los hombres la locura que los lleva a la destrucción" (p. 175). Considera que ese tipo de interpretaciones son un excelente ejemplo de "la postmoderna abolición de fronteras entre realidad y ficción" (p. 178). Con ironía transida de dolor nos dice, hacia el final del libro, que "Es de esperar que conforme se acerque la fecha fatal se multipliquen los mesías rivales" (p. 180). Revisa, luego, algunos de los intentos más serios de entender hacia dónde se dirige todo este proceso: el de Comte y el de Danilevski, el de Spencer, el de Toynbee y otros, para terminar con la tesis del Fin de la Historia de Fukuyama y la teoría de la Gaia de Lovelocke.

No olvidemos lo que se dijo más arriba del arcángel que crece. Este último capítulo está íntegramente cubierto por el manto de su figura y el sonar de su clarín. Fernando Fuenzalida opone a los consensos salvíficos engendrados en los arcaicos estratos del folklore y del mito que aspiran a un dominio excluyente sobre la conciencia del hombre, y a los todavía más primitivos consensos de sangre, que ponen en peligro la estabilidad que ya se creía lograda, "la manifestación numinosa que sublima y fusiona la multiplicidad de razones y voluntades privadas en lo uno social, concreta la razón colectiva en consenso, la voluntad colectiva en la fe y transforma la masa en nación" (p. 184). Son la agujas que elevan su voz al cielo; el cuarto piso, abierto al par, al tiempo y al infinito, de la basílica de la Transhistoria.

Raúl Valenzuela

Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero, eds.: *Mundos interiores, Lima 1850-1950*, Lima: CIUP, 1995, 445 pp.

Cuando me pidieron que comente el libro de Felipe y de Aldo recordé que cuando me preguntan, en el extranjero, cómo es Lima,

contesto que el Cusco es precioso. Esto no es para sugerir nada negativo de la ciudad en que nací, sino para hacer evidente que la relación de Lima con el resto de los peruanos, y especialmente con los limeños, es muy complicada y que quizás por ello sabemos poco de la historia de esta ciudad. Una de las virtudes del libro, que se comenta, es que viene a cubrir un vacío, pues desde hace un buen tiempo no se producía una historia social de Lima.

Todas las personas, instituciones y ciudades crean una imagen de su propio pasado y del espacio que han ocupado que sirve para múltiples propósitos. Estas imágenes nos dan cierta seguridad, proyectan una identidad, nos permiten relacionarlas con otras personas y crean estrategias de crecimiento, diferenciación o sobrevivencia. Estas imágenes del pasado pueden crearse de una manera superficial y estereotipada o de una manera más compleja, elaborada y académica. Este libro pertenece a la segunda manera de crear imágenes históricas de una ciudad.

El libro se concentra en el período de 1850 a 1950, uno de los grandes momentos de cambio de la sociedad limeña y peruana, cuyos polos serían la herencia colonial y la consolidación de Lima como el centro financiero, administrativo y político de la República. Este es un proceso estimulado por el crecimiento de una variedad de productos de exportación, marcado por la inflexión que significó la Guerra del Pacífico y que se ubica en la antesala de la explosión demográfica que transformó a Lima a partir de la década del cincuenta.

Un rasgo paradójico es que durante este período Lima desempeñó un rol decisivo en el Perú, a pesar de que casi siempre albergó a un porcentaje minoritario del país. Por ejemplo, hacia 1870 Lima tenía 100,000 habitantes y hacia 1930 tenía 273,000 habitantes, lo que significaba el 3.7 y el 4.8 por ciento de la población nacional, respectivamente. Hoy en día, Lima y Callao albergan al 30 por ciento de la población.

Una segunda característica importante de Lima, relacionada con este libro, es que du-

rante este período se consolidaron nuevos grupos sociales y entre ellos nuevas élites civiles. Estas élites, hacia 1930, se asemejaban a un Estado centralizado con una burocracia a nivel nacional, cuyo centro funcionaba en la capital y que, en alguna medida, había reemplazado el poder de los caudillos y los poderes provinciales que habían hegemonizado espacios regionales del poder después de las guerras de la Independencia. Sin embargo, hacia la misma fecha, estas élites limeñas se vieron amenazadas por otros grupos sociales, especialmente las clases medias y populares, que también habían surgido en las ciudades. Si se tendría que resumir este libro, diría que la mayor parte de los trabajos tratan de lo que pensaban y hacían estos nuevos grupos sociales.

Como muchos otros trabajos de ciencias sociales contemporáneos, los autores de este libro le dan más importancia a los actores que a las estructuras. La historia urbana, que tradicionalmente se ocupaba de las funciones económicas, administrativas y políticas, aparece replanteada como la coexistencia de diversos discursos, a veces paralelos y a veces contradictorios, sobre las diferentes dimensiones sociales y culturales que pueden existir en un mismo espacio.

Algo interesante es que este esfuerzo, de analizar cómo los diversos actores sociales perciben, resisten y proyectan sus propias imágenes en la ciudad, es presentado en la introducción como un esfuerzo de hacer sociología histórica. Esta fue una corriente que cobró mucha fuerza en los medios académicos hace unos diez años atrás y que se caracterizaba por la utilización de técnicas cuantitativas, el análisis de los factores que alimentan los grandes cambios en las estructuras sociales y la utilización de paradigmas de las ciencias sociales para diseñar estudios de caso.

Es importante señalar que los editores y autores saben de lo que hablan. Por ejemplo, Aldo es sociólogo y estudió en New School, una universidad en donde enseña el representante más importante de la sociología histórica de Estados Unidos, Charles Tilly, quien realizó

detallados recuentos en publicaciones periódicas para determinar el rol de las revueltas en la revolución Francesa.

Los dos trabajos que más se parecen a este tipo de sociología histórica son el de Aldo Panfichi y el de Felipe Portocarrero. El valor del trabajo de Aldo, sobre la urbanización de Lima desde el siglo XVI hasta 1900, es que, además, cumple cierta función de balance con el resto de artículos. El artículo de Panfichi ofrece un contexto, ya que tiene cierta preocupación por el desarrollo de la estructura urbana y social de Lima, en un volumen donde la mayoría de artículos tratan de actores sociales, de discursos culturales o de instituciones poco estudiadas como la morgue o la penitenciaría. El trabajo de Felipe también forma parte de este esfuerzo por hacer una sociología histórica y lo demuestra al jugar, con elegancia y profundidad, con las ideas de Max Weber para mostrar la importancia de la ética religiosa en la cultura rentista de parte importante de la élite de Lima. Alguna vez estuve cerca del proceso de recopilación de información de testamentos que Felipe y Lucho Torrejón realizaron para este trabajo, sólo me lamento de que no hayan publicado más de esta historia.

Otros trabajos de este volumen tienen una definición de sociología histórica más ligera. A veces pareciera que se identificaran con este término sólo por el hecho que un sociólogo esté escribiendo del pasado. Si lo importante es contar con fluidez y con detalle una historia relevante, los trabajos más atractivos de este libro son algunos de los que han sido hechos por sociólogos, quienes parecieran excelentes representantes de una forma clásica de hacer historia. De modo sorprendente, para un historiador, algunos de estos trabajos proponen con demasiada timidez conceptos teóricos que enmarcan su estudio de caso.

Este es, por ejemplo, el caso del magnífico trabajo de Bonfiglio sobre los Italianos en Lima. La naturalidad, exactitud y profundidad con que ha sido escrito este artículo, demuestran que el autor está tan identificado con su tema que puede tomar cierta distancia del

mismo y pensar en orden. Una idea muy interesante, pero que apenas se asoma, es la que propone Bonfiglio sobre el comportamiento social de los grupos migrantes reducidos, que él denomina de etnicidad en ascenso, considerando antes a los italianos y ahora a los japoneses como parte de este movimiento de ascenso. La idea que en ciudades sudamericanas como Lima donde hubo relativamente poca inmigración extranjera, podría servir para explicar uno de sus rasgos distintivos.

Una de las intenciones del libro es mostrar la coexistencia de diversas subculturas o, como dirían algunos historiadores posmodernos, de grupos subalternos que elaboran sus propias estrategias de placer, sufrimiento y sobrevivencia. De esta manera aparecen, por ejemplo, las ideas y las actividades de actores sociales que no habían aparecido con tanta frecuencia en otras historias como: la importancia de las redes familiares para los obreros textiles, que analiza Cynthia Sanborn; la ocupación de espacios urbanos por grupos étnicos como los chinos, que realiza Humberto Rodríguez; el estilo de vida arribista y los conflictos de identidad de la clase media, que estudia David Parker; el control de los enfermos mentales de Augusto Ruiz; y la íntima relación entre los estereotipos raciales y de género, que presenta Patricia Oliart. Estos trabajos son valiosas contribuciones para que especialidades como la historia laboral, la historia étnica, la historia de la enfermedad y la historia del género, sean parte vital de la historia social del Perú y de la imagen que existe sobre Lima.

Adicionalmente, el libro presenta la variedad de aproximaciones que puede haber hacia el pasado, incluyendo algunos artículos que parecen una versión diferente y más elaborada de lo que fue y sigue siendo el género más común para celebrar a Lima: la crónica. Esta vez no se trata de recordar con nostalgia una plaza encantadora o un personaje pintoresco, sino más bien de revelar aspectos ocultos y hasta sórdidos de la ciudad. Este es el caso, por ejemplo, de los artículos de Lucho Torrejón, los cuales narran con detalle el motín popular ur-

bano y el contexto político que llevó a Billinghurst al poder en 1912; y el de Luis Jochamowitz, que narra la instalación de la morgue de Lima con interesantes referencias al desarrollo de la medicina legal en el país.

Como es de buen gusto en todas las presentaciones, haré algunas observaciones o críticas muy gentiles que no niegan el valor del libro ni comprometen mi amistad con los editores. En primer lugar, es importante resaltar que casi siempre los historiadores acaban contando y relacionando dos historias. Una es la del contexto en que se desenvuelven los hechos y otra, la de los hechos mismos que se quiere analizar con más detalle, como por ejemplo los enfermos mentales, las ideas raciales o las enfermedades que atacaban a los sectores populares, entre otros.

Contar bien esta segunda historia requiere de cierto conocimiento especializado y, sobre todo, de algún manejo de la literatura que existe sobre esta especialidad. Por ejemplo, es difícil pensar en un historiador económico que no sepa algo de economía y de lo que hacen los historiadores económicos, o de un historiador de las enfermedades que no tenga algunas nociones de la causalidad de la enfermedad, y de los debates historiográficos sobre la historia social de la medicina. En partes de algunos artículos no parece claro el dominio técnico de esta historia. Sólo para referirme a los casos de mi especialidad, el muy sugerente y valioso estudio de Gonzalo Portocarrero sobre el racismo científico se hubiera enriquecido con las discusiones sobre la eugenesia y de otros temas tratados, en los últimos veinte años, por los historiadores sociales de la ciencia; y el estudio de Tejada, que dedica una buena parte a las enfermedades en Malambo, estaría mucho más acabado si hubiese tenido más cuidado en la relación de las diversas causas sociales (como hacinamiento, falta de saneamiento ambiental, mala alimentación, ausencia de higiene) y las enfermedades que afectan a los sectores populares.

En este sentido, el artículo que, a mi parecer, logra combinar mejor las dos historias,

la del contexto y la de una especialidad histórica, es el de Carlos Aguirre. Su estudio de la penitenciaría de Lima a mediados del siglo XIX, además de un cuidadoso trabajo de archivo, revela un dominio de los debates historiográficos sobre la reelaboración del autoritarismo en el Perú de comienzos del siglo XX y un conocimiento de una importante subespecialidad de la historia social, la historia criminal. Asimismo, su exhaustivo trabajo en archivos y bibliotecas indica una virtud que algunos de los otros trabajos podrían haber hecho para completar sus estudios: agotar la revisión de las fuentes disponibles sobre el tema. Sus principales conclusiones; primero, que existió una correspondencia entre la naturaleza autoritaria del Estado peruano del siglo XIX y la emergencia de métodos e instituciones de control social; y segundo, que este control fue finalmente insuficiente o ineficaz, son valiosas contribuciones a la historia social y a la historia criminal, un campo que él ha empezado a desarrollar en el país. Su estudio es también uno de los mejores homenajes de este volumen a Tito Flores, que en alguna parte escribió que las mejores historias son las que presentan nuevas fuentes y nuevos problemas.

Una segunda observación o duda es que pudo decirse más sobre los discursos culturales. En la mayoría de los trabajos muchos de estos discursos están muy bien descritos, desdeologizados y desagregados. En este sentido, el estudio de Elmore sobre las ideas y las limitaciones de Sebastián Salazar Bondy es especialmente notable. Sin embargo, a veces hay poco en términos de la existencia de discursos contradictorios y en la recepción de las ideas. Podría haber más sobre cómo los mismos autores que se citan dijeron cosas opuestas a las ci-

tadas, establecieron vínculos con autores que escribieron cosas diferentes a sus ideas, y también más sobre lo que pensaron los que fueron objeto de los discursos. Por ejemplo, muchos de los análisis de los estereotipos raciales o sociales tratan de los autores que los crearon, que fueron casi siempre miembros de la élite. Aunque son mucho más difíciles de identificar, y requieren de un mayor trabajo de archivo, desde hace unos años en la historia social es casi una norma el tratar de incluir las voces de los grupos marginales y sus propias percepciones sobre la identidad, la etnicidad, el género, la enfermedad y el crimen.

Ninguna de estas observaciones disminuye el hecho que este es un valioso volumen que no sólo llena un vacío en la historiografía, sino que contribuye a comprender mejor la ciudad en la que vivimos o sobrevivimos.

Finalmente quiero felicitar, muy especialmente, a la Universidad del Pacífico por haber apoyado este volumen que pareciera algo diferente del resto de los títulos que generalmente publica. Es notable que una casa de estudios que se concentra en los estudios de administración, de economía y de profesiones afines, cree un espacio para una reflexión histórica y sociológica de largo plazo. Asimismo, es notable que esta universidad rinda homenaje en esta publicación al historiador Alberto Flores Galindo, quien fuera un destacado profesor en otra universidad. Espero que esta publicación sea un buen ejemplo de la necesidad y las ventajas del diálogo y de la convivencia entre los mundos interiores de la investigación histórica y de la formación profesional.

Marcos Cueto